

EL MOLINO DE LOS ÁLAMOS: ESCENAS DE UN MOLINO DE PIMENTÓN EN LA POSTGUERRA MURCIANA

Manuel Sánchez Martínez

Si fuéramos paseando por la ciudad de Murcia y nos acercáramos al Plano de San Francisco, y dirigiéramos nuestra mirada hacia el río Segura en ese punto, veríamos que un moderno puente de ingeniería (la pasarela del Malecón) se ha superpuesto al antiguo azud que servía para derivar el agua del río hacia dos molinos, cada uno de los cuales se situaba en uno de los extremos de ese azud. Hoy, de esos molinos únicamente quedan unas piedras en pie que apenas si nos pueden hablar de un largo y laborioso pasado. Las ruinas más cercanas al Palacio del Almuñí pertenecen al conocido como Molino de Roque, mientras que las que se encuentran al otro lado, sobre la margen derecha del río, corresponden al Molino de Los Álamos. Y es precisamente acerca del Molino de Los Álamos sobre el que vamos a intentar conocer un poco de su historia, centrada en los primeros años cuarenta del siglo XX, una vez finalizada la contienda civil española.

Las instalaciones del Molino de Los Álamos ocupaban una gran superficie adosada al río, que llegaba desde la actual calle de Los Álamos hasta los antiguos depósitos de agua, convertidos hoy en Museo de la Ciencia, y comprendían los edificios industriales, almacenes, oficina, un gran huerto, etc. La propiedad era de las herederas de los hermanos don Santiago y don Antonio Martínez Hernández, las cuales dejaban la gestión del molino a un administrador de su confianza.

Los edificios contenían varias zonas diferenciadas y a distintos niveles, ya que existían dos partes dedicadas a la molienda, una con seis y otra con cuatro piedras, y otra donde estaban instaladas las máquinas eléctricas. En el nivel más bajo y cercano al río se encontraba la sala que contenía las cuatro piedras, posiblemente la construcción más antigua, ya que aparece con igual disposición en grabados conservados de fines del siglo XVIII. Las ruinas de esta parte son las únicas que aún pueden observarse en la actualidad, permaneciendo todavía dos de las piedras inferiores entre los gruesos muros y los arcos pétreos, y adivinándose, semienterrados, los ejes de las otras dos piedras. Estas cuatro piedras se movían exclusivamente con la fuerza del agua. A continuación, y algo más arriba, se encontraba la sala de las otras seis piedras y la sala de las máquinas, que albergaba una gran dinamo de 250 CV., de marca Siemens y que

proporcionaba corriente continua a parte de Murcia, y que también contenía un motor de 100 CV., de marca ASEA, e instalado con posterioridad a la dinamo, que servía para mover las seis piedras citadas cuando no había agua suficiente para hacer girar las turbinas.

Luego existían otra dependencias que se utilizaban como vestuario de los molineros, para albergar al triturador de la cáscara, etc. En la parte exterior se encontraban las oficinas, conocidas como *el despacho*, en donde se encontraban los archivos y el teléfono, el cual tenía instalado un gran timbre en el interior de la sala de máquinas para que se pudiera escuchar su llamada en medio del ensordecedor ruido que existía cuando funcionaba la maquinaria.

También se hallaba en el exterior uno de los almacenes o tenadas donde se guardaba la cáscara,



Molino de Los Álamos junto al río Segura, a su paso por Murcia.

y que era denominado como *la tená*. Y delante de los edificios citados existían otros almacenes para conservar los sacos de pimentón. Uno de ellos, el que era conocido como *la Casa Grande*, todavía subsiste, con su planta cuadrada y su característica torreta central, y que al ser catalogado como "edificio singular" ha sido restaurado, estando ocupado actualmente por el Centro de Formación Municipal del Ayuntamiento de Murcia. Este edificio tuvo su función en el pasado como *Mercado de la Paja*, por ser allí donde se hacían las transacciones de este producto agrario. Adosada a la *Casa Grande*, hacia el actual Paseo Fotógrafo Verdú, se encontraban las dependencias conocidas como *la posá* (por corresponder a una antigua posada), y cuyos habitáculos cubiertos (*la tená de las caballerizas*) servían para manipular y guardar las piedras de repuesto, los vehículos, etc. Otros almacenes se encontraban en la margen derecha de la calle de Los Álamos, lindando con el recinto municipal que había sido la sede del Matadero Viejo y que albergaba gran un depósito de agua que, al encontrarse elevado varias decenas de metros del suelo, era una referencia visual importante en una ciudad de edificios mucho menos altos que los actuales.

Alrededor de los edificios citados destacaban las superficies de los tres *pisaores*, que eran las explanadas cubiertas con superficies lisas de ladrillo cocido que servían para secar las bolas de pimiento. Había un *pisaor* más grande, junto a la *tená* donde se almacenaba la cáscara, y otros dos de menor extensión; uno, el más pequeño, junto a la *Casa Grande*, y otro, el mediano, junto al río, frente a los edificios de los molinos, en el espacio que actualmente ocupa una explanada abierta al río, al final de la calle de Los Álamos.

Para el funcionamiento de las piedras del molino era necesaria la presencia del agua como fuerza motriz, y para ello, el agua derivada por el azud se introducía a través de unas aberturas en los conductos que llevaban hasta los rodetes o turbinas que, al girar impulsados por el agua, se encargaban mediante las oportunas transmisiones mecánicas, de hacer rodar las piedras y también la dinamo eléctrica. Las entradas del agua al molino estaban protegidas con rejas metálicas para evitar que los residuos que llevaba el río (generalmente cañas) pudiesen obstruir la maquinaria. Cuando se formaban grandes *baldomer*as de cañas, lo que era relativamente frecuente sobre todo tras una corta de los cañaverales o una crecida del río, era preciso desembozar las rejas para que el agua siguiera aflui-

yendo. A tal fin existía lo que se conocía como el *correor*, que era un pasillo, también con una compuerta en la entrada, por donde el agua atravesaba libremente por debajo los edificios del molino. Encima del *correor* y de las aberturas de entrada de agua había una plataforma desde la que los molineros, provistos de largos palos acabados en ganchos, recogían los residuos que obstruían las rejas de las entradas de agua a las turbinas, los alzaban y los dejaban caer por el otro lado al *correor*, a través del cual el agua los conducía fuera del molino, concretamente al lugar conocido como *el pantano*, que era el espacio de río de aguas más profundas que existía, y que todavía existe, más abajo del azud. En los períodos de menos abundancia de agua, se solía cerrar la compuerta del *correor* para que toda el agua fuera empleada en mover las turbinas, y sólo se abría cuando era necesario limpiar de cañas las entradas de agua.

El conjunto del Molino de Los Álamos se completaba con un huerto de cinco tahúllas en el que habían plantados naranjos y melocotoneros, y que se situaba en la porción de terreno adyacente a los ya mencionados depósitos de agua (hoy Museo de la Ciencia). También existían dos higuera de la variedad *pellejo toro*, y una ubérrima higuera verdal que era la admiración de cuantos se acercaban al huerto.

La principal producción que se molturaba en el molino era la de pimentón. Para ello, los distintos productores aportaban las bolas de pimientos, adquiridas por ellos mismos en las diversas zonas de cultivo, generalmente las comarcas murcianas del Valle del Guadalentín, del Campo de Cartagena y de Santomera, pero también de la zona de La Vera extremeña, cuando se quería fabricar pimentón picante. Una vez llegadas las bolas en fresco, y siempre conservando separados los productos de los diferentes clientes, se secaban en los *pisaores*, para lo cual se exponían al sol de día y se guardaban en la *tená* de noche, para evitar el relente que se producía con la cercanía al río. Las bolas de pimiento se tenían que *desrabar*, es decir, se les tenían que quitar los rabos, para lo cual se contrataban mujeres que en duras jornadas de sol a sol pasadas en los *pisaores* se ocupaban de esa tarea por muy poco dinero. Las bolas (o *cáscara*) también se abrían, golpeándolas con palas de madera a fin de desprender de ellas las binzas o semillas. Una vez secas y sin rabos ni semillas, se pasaban al triturador, en donde la máquina de triturar se encargaba de dividir las bolas en trozos más

pequeños, de unos centímetros de diámetro. Tras este proceso, la *cáscara* pasaba a la mouturación o molienda. Mediante los mecanismos normales de cualquier molino de piedra, la *cáscara* se depositaba en la tolva, desde donde iba cayendo al agujero central de la piedra, moliéndose por la acción giratoria de una piedra contra otra. Sin embargo, era preciso que este proceso se repitiera varias veces hasta dar con la textura deseada del pimentón, por lo que lo normal era que, a medida que salía el producto de una de las piedras, se pasara a continuación por otra y así sucesivamente, estando de esa manera todas las piedras ocupadas continuamente. Dependiendo del deseo de los productores, al pimentón se le añadía aceite, lo que le proporcionaba un color rojo más intenso. El aceite para tales usos, que era conservado en grandes zafras, era suministrado al molino, en pellejos de piel de cochino, por la empresa de Tomás Alcázar. Rodeando las parejas de piedras se encontraban los guardapolvos, que eran estructuras de madera que se sobreponían a las piedras para impedir que el producto, una vez pulverizado, se esparciera por los alrededores, y quedara concentrado, saliendo por una boca o abertura para rellenar los sacos. Una vez terminada una molienda, se abrían los guardapolvos y eran barridos con escobas de palma para aprovechar los abundantes restos de pimentón que quedaban entre la madera y las piedras. La molienda del pimentón se hacía habitualmente en las seis piedras superiores, aunque en momentos de gran demanda, se podían utilizar las cuatro de abajo. Sin embargo, lo habitual era que las cuatro piedras de abajo se emplearan en el proceso que se denominaba *transmisión*, y que consistía en volver a dar una pasada por las piedras al pimentón, ya mouturado el año anterior, que no se había vendido. Esta operación, para la cual se había rociado previamente con aceite el pimentón "viejo", se efectuaba para devolverle el color intenso perdido tras los meses de almacenamiento. El pimentón así obtenido era considerado de inferior calidad. También eran considerados de segunda calidad los pimentones que incluían, además de *cáscara*, los rabos de los pimientos que antes hemos visto que se les quitaban. Los rabos no se tiraban, sino que eran mouturados también, y se añadían al pimentón dependiendo de la calidad que el productor quisiera obtener.

Tras la molienda, el pimentón era envasado en sacos y depositado en los almacenes exteriores, siempre a cubierto para evitar la humedad, hasta

que su dueño precisara llevárselo, lo que algunos productores no solían hacer de golpe, sino a la medida de sus necesidades. En ocasiones no lo necesitaba en un año determinado (porque no había podido venderlo, por ejemplo), y entonces era cuando se *transmitía*. Era bastante usual que el pimentón fuera envasado, ya en los almacenes de los productores, en latas de hojalata de distinta capacidad para proceder a su venta (tal y como se sigue haciendo ahora). Para el transporte de los sacos de pimentón, que eran de cincuenta kilos, se utilizaban vehículos a motor, pero también en los llamados *cambriones*, que eran grandes plataformas con ruedas y tiradas por caballos, que hacían el desplazamiento hasta las fábricas de envasado de los productores o hasta la cercana estación de tren para su envío a otras provincias o países, si el producto era vendido en bruto. Para el pesaje de los productos se utilizaban romanas de distintos tamaños, y básculas, que eran más modernas.

Si un visitante cualquiera se hubiera acercado al molino, y no supiera previamente qué es lo que se molía dentro, lo hubiera adivinado a distancia dado el penetrante olor, tan característico del pimentón, que emanaba de las instalaciones; pero también por el aspecto que tenían los molineros en plena faena, manchados totalmente de *colorao* en sus ropas y cuerpos, lo que les obligaba a cambiarse de ropa al salir y entrar de turno.

Pese a que la mayor parte de lo producido en el molino, y con gran diferencia, era pimentón, durante el período de guerra y en los años inmediatamente posteriores, se llegaron a mouturar algo de cereal y también de *piñuelo*, que así es como era conocido el hueso de la aceituna, y que servía para alimento de animales, sobre todo aves. Otro producto que llegó a "fabricarse" fue la "canela"; para lo cual se molía *cáscara* de almendra hasta que quedara de la finura deseada y luego se le añadía esencia de canela, obteniéndose un subproducto que era muy parecido en textura y olor a la canela original. Fuera ya de intervención de las piedras, en los *pisaores*, y durante algún verano, se llegaron a secar, por parte de un cliente, albaricoques, para obtener los conocidos como *orejones*.

Al estar dedicado principalmente a la producción de pimentón, las piedras funcionaban durante el período comprendido entre septiembre y mayo, ya que la época de recogida de los pimientos coincidía con el final del verano, requiriéndose también un período variable para su secado. Durante esos nueve meses las piedras solían funcionar sin des-

canso las veinticuatro horas del día, para lo cual los obreros se organizaban en turnos. Únicamente se paraban para efectuar las labores de picado oportunas. En efecto, cuando el maestro molinero comprobaba que el pimentón ya no salía con la textura requerida porque las piedras, durante su rozamiento, habían perdido sus estrías, se paraban aquellas piedras y se procedía a su picado, golpeándolas mediante unos mazos especiales provistos de una pesada cabeza metálica con filo en sus puntas (para los detalles técnicos, funcionamiento, herramientas, etc., una visita al Museo Hidráulico de los Molinos del Río de Murcia podría ser muy ilustrativa).

El equipo de trabajo se componía de un maestro de molienda y de unos ocho molineros fijos, pudiéndose contratar otros tantos eventuales para los períodos de más producción. Algunos de estos eventuales eran aportados, de entre sus propios empleados, por parte de los productores que más trabajo de molienda contrataban con el molino. Además había un encargado general y el ya citado administrador. En los años de los que tratamos el maestro del molino era Justo Mondéjar, y entre los empleados estaban los hermanos José y Tomás Hernández, de la Puebla de Soto, uno de los cuales, José, llegó a ser también maestro después, como también lo fue Antonio Ferrer. Por su parte, el administrador era Julio Ruzafa Montoya, a quien luego siguió Santiago Tortosa Martínez hijo de una de las propietarias, mientras que el encargado era Manuel Sánchez García durante el turno de día y su hijo Manuel Sánchez Raimundo para la noche.

Durante la época de verano, cuando se había acabado el trabajo con el pimentón, los molineros, además de tomar las vacaciones, se dedicaban a preparar las piedras de repuesto, que sustituirían en caso de necesidad a aquéllas de las instaladas que se desgastasen. La piedras, llamadas *catalanas* por provenir de esa región, llegaban en bruto, simplemente redondas y con el agujero central hecho, y era en el molino donde se debían picar para diseñarles los resaltes y estrías necesarios para poder cumplir su función. Esta operación se hacía en la ya mencionada *tená* de las caballerizas, y para poder mover las pesadas piedras se utilizaba un *qinal*, que era una estructura metálica desmontable, provista de poleas con cadenas. Para darle mayor consistencia a las piedras, se les ponía dos cinchos metálicos, que eran fabricados por un herrero y colocados por los mismos molineros mediante el procedimiento de calentarlos

durante varias horas en hogueras de carbón, para que dilatasen, y luego introducirlos sobre la piedra a golpe de martillo, de tal manera que al enfriar el metal, quedara completamente ajustado al contorno de la piedra. Cuando era preciso trasladar las piedras al molino, para reemplazar a alguna desgastada o dañada, las nuevas piedras se ponían verticales y se pasaba un grueso madero redondo a través de su agujero central, y mediante el impulso de varios hombres que sujetaban el madero por sus extremos, se hacía rodar la piedra. Esta era una operación delicada ya que existía una rampa de bajada antes de acceder a las instalaciones donde estaban situadas las piedras, y se debía tener mucho cuidado para controlar que la piedra no se les escapara a los que la transportaban.

Cuando las piedras se desgastaban tanto que ya no podían cumplir con su trabajo, o se rompían, se utilizaban para pavimentar las aceras de la parte exterior del molino que eran de tierra, de suerte que así se mantenían más limpios los alrededores y se evitaba el barro los días de lluvia.

Otra de las labores de los molineros durante el verano eran la reparación de los utensilios dañados durante la temporada, principalmente los guardapolvos, la limpieza de todas las instalaciones y el engrase de la maquinaria. También se llevaba a cabo el riego a diario de las superficie exterior del molino para evitar el polvo, labor que se hacía recogiendo agua del río mediante cubos e introduciéndola en un barril, que luego se transportaba rodando hasta las explanadas para rociarlas. Además se efectuaba la recogida de los melocotones y naranjas que producía el huerto. Al cuidado de este huerto se encontraba Juan Antonio Monteagudo Córdoba, *el hortelano*, que a la sazón era casero en la finca de una de las propietarias.

Otra cuestión de importancia era el mantenimiento de la dinamo Siemens, que funcionaba cuando las turbinas aportaban, mediante una larga transmisión de diversas ruedas y engranajes que estaba conectada a una gruesa correa de cuero que finalmente la hacía rotar, la fuerza necesaria para mover una pesada rueda de unos tres metros de diámetro y varios miles de kilos de peso, que producía, con su marcha, un ruido ensordecedor. Iniciar el funcionamiento de la dinamo llevaba su tiempo, dada la enorme fuerza que debía aportársele, pero una vez puesta en marcha, la inercia era tal que, al cerrar las compuertas que aportaban agua a las turbinas que la movían o desconectar la transmisión, la rueda podía continuar girando

durante muchos minutos. La corriente que producía esa dinamo, que ha hemos indicado que era continua, era comprada por la Compañía de Electricidad y Gas Lebon (que luego pasó a ser Hidroeléctrica Española), para lo cual mensualmente iba una capacidad de esa compañía para controlar las medidas de los contadores de energía producida y consumida (recordemos que también había un motor eléctrico que movía las seis piedras de arriba cuando no había aporte de agua suficiente).

A parte de los trabajos cotidianos, la vida en torno al molino estaba marcada por la presencia de los productores de pimentón, con frecuencia exportadores también, algunos de los cuales tenían sus despachos en la calle de Los Álamos, o incluso en unas habitaciones alquiladas en la *Casa Grande*. Estos personajes con sus andanzas y negocios, y su mucho *mundo*, obtenido de sus frecuentes viajes por España (e incluso al extranjero), en una época en la que los desplazamientos estaban muy controlados y eran inusuales para la mayoría de la gente, tenían una destacada influencia en el ambiente que se vivía allí. No era infrecuente que, en las tardes de verano, se unieran en convivencia junto al personal del molino en la degustación de las *patatas cocías con ajo* que preparaba uno de los encargados. De entre los productores más asiduos podemos nombrar, entre otros, a José López García y luego a su hijo José López Matencio, José Planes García, José Antonio Hernández, Abellán, quien formó luego con Bravo una sociedad ("ABBRA"), que era la que producía los orejones de albaricoque, Muñoz Saura *el mosca*, etc. Pero sin duda los mayores clientes del molino eran otro Muñoz, José, más conocido como El Tío Pepe *el rojo*, y Flores Bastida, quienes tenían, de forma casi continua durante la temporada, dos piedras cada uno moliendo pimentón para sus empresas. Incluso alguno de los sucesores de los productores que hemos mencionado continúan en activo hoy en día, pero por aquellos años, era muy frecuente ver a todos ellos de trasiego con clientes y con idas y venidas al molino y la *Casa de Contrataciones*, sita junto a la plaza Beato Hibernón, en donde se hacían los tratos y se ofrecían a los posibles clientes cajitas de hojalata con muestras del producto. Entre las marcas con que era envasado el pimentón molturado en el molino de Los Álamos podemos señalar El Caballo Andaluz, El Legionario, El Globo, El Gorrión, El Aeroplano,...

Al respecto de las actividades de los productores, se puede mencionar un hecho que ocurrió hacia 1941, en plena Guerra Mundial. Por entonces uno de los exportadores había entrado en contacto con clientes alemanes, y éstos vinieron a visitar el molino, comprobando la calidad del pimentón ofrecido, que en principio era la máxima. Sin embargo los sacos que les mostraron contenían en su parte superior, efectivamente, pimentón de alta calidad, pero por debajo habían puesto también pimentón molido con rabos, de bastante peor calidad. La operación se llevó a efecto, y la partida de sacos de pimentón, que se embarcó en un tren rumbo a Alemania, fue bastante grande. Los alemanes no dieron quejas aparentemente, lo cual extrañó algo por aquí, pero a la hora del pago, éste se hizo efectivo en billetes presuntamente españoles que no eran conocidos. Ante tal situación, el productor murciano se fue a enterar de lo que pasaba preguntando a las autoridades monetarias, quienes le confirmarían que eran billetes de curso legal ya que se trataba de una emisión que el Gobierno Español había contratado en Alemania, pero que aún no se había puesto en circulación en España.

Pero si había una actividad accesorias a la del molino que tenía también su importancia cotidiana, esa era la pesca. Puede sorprender, visto desde la perspectiva actual del panorama que ofrece el río Segura en ese mismo punto, que en aquella época la pesca fuera abundante, pero así era. Los barbos, principalmente, se arremolinaban en *el pantano*, intentando superar mediante ágiles, pero poco fructíferos, saltos, el desnivel que les ofrecía el azud. El espectáculo de los plateados peces intentando remontar el río era una de las atracciones de la Murcia de esos años. La presencia de los peces era tan importante, que éstos quedaban atrapados en grandes cantidades en los pozos de las turbinas del molino, por lo que podían ser recogidos por los molineros en grandes cantidades y sin dificultad alguna. Esta abundancia hacía que numerosos pescadores aficionados se dieran cita en los alrededores del molino para pasar unas apacibles tardes de *pesquera*. Alguno escogía el sistema de la red del tipo cazamariposas, mediante la cual capturaba a los peces cuando intentaban los saltos del azud, pero la mayoría empleaba el sistema de caña. Por lo general escogían la zona del *pisaor* que daba al pantano, para lo cual, en caso de que éste estuviera siendo utilizado para el secado de pimientos, los molineros dejaban un pasillo entre las bolas extendidas para

que los pescadores pudieran acceder al río. Sin embargo, como la mayoría de las veces este *pisador* no se utilizaba para secar pimientos, los pescadores lo utilizaban para secar sus hilos de pescar, extendiéndolos en la superficie enladrillada (esta operación era precisa puesto que entonces no existían los actuales sedales de nylon). Lo habitual de la presencia de algunos pescadores hacía que estos participaran también, en cierta medida, de la vida cotidiana del molino. Incluso solían dejar guardadas sus cañas de bambú, aparejos y silletas en la sala de máquinas, para no tenerlas que transportarlas a sus casas. Entre los pescadores más asiduos se encontraba Fulgencio Senac, de la calle del Pilar, que era de profesión campanero; y el médico Julio López Ambit, con consulta en la calle Sagasta, a quien no era infrecuente que se le avisara al teléfono del *despacho* del molino para atender alguna urgencia médica. También concurrían bastante, entre otros, Francisco Gres (hijo de una de las propietarias) y Paco, de la tienda de comestibles de la Plaza de la Paja. Dada esta importancia de la pesca, el encargado del molino llegó a diseñar un aparato a base de varios husos con el que fabricar hilos de pesca a partir de hilos de coser. Estos tenían que ser de la marca Cometa, de la factoría Fabra y Coats, entonces difíciles de conseguir dada la época de escasez que se vivía. Mediante el procedimiento de unión y enrollado de hasta siete u ocho cabos de hilos de coser, se conseguía un hilo de pescar con la suficiente resistencia. Este aparato tuvo gran éxito entre los aficionados, que acudían allí para fabricarse el imprescindible complemento de sus cañas.

También el molino proporcionaba parte del cebo para la pesca, ya que los pescadores acudían al huerto de naranjos y melocotoneros provistos de una picaza y removiendo la húmeda tierra conseguían grandes cantidades de lombrices. El huerto, además, proporcionaba como cebo los higos verdales, que se escogían de los más duros, y cuando no había ni de una ni de otra cosa, usaban como cebos otros ingredientes normales para esta actividad: sardina salada con miga de pan o patata cocida.

Otra función curiosa del molino era la de "aparcamiento de bicicletas". Este uso se le daba durante los veranos, cuando la *tená* principal estaba vacía, utilizándose para dejar las bicicletas de los habitantes de los alrededores de Murcia que se desplazaban a la ciudad para asistir a las sesiones de cine o con motivo de alguna corrida de toros. Varios cientos de bicicletas podían almacenarse

allí en la seguridad de que serían guardadas, ya que el molino siempre tenía vigilancia.

Un acontecimiento que trastocaba completamente el ritmo del molino era una avenida de agua. La tan temida *riá* ocasionaba que, al tener conocimiento de que iba a llegar, se desalojaran la *tená* y los edificios de los molinos de productos y cualquier cosa que se pudiera transportar, y se intentara taponar la posible entrada del agua con sacos y otros artilugios. Aunque, cuando llegaba, el agua sólo inundaba las cuatro piedras de abajo y una parte de las salas de las seis piedras de arriba y de las máquinas, los destrozos en la maquinaria, amén de la fatigosa limpieza posterior, podían ser notables y requerir tiempo e inversiones para recuperarlos. Cuando el agua anegaba parte del molino, se detenía en la cuesta que subía hacia la calle de Los Álamos, y dependiendo de las marcas que dejara el agua en la mencionada cuesta, los molineros sabían si la *riá* iba en aumento o no. Si decían: "tiende a subir", era porque no se veía ninguna marca, y si decían "tiende a bajar", era porque la marca que había dejado el agua estaba por encima del nivel de las aguas. Por aquellos años, la riada más importante fue la de 1946, que ocasionó algunas pérdidas al molino, pero que llegó a anegar parte del Barrio del Carmen ("el barrio"), y en concreto la Plaza de los Toros (o de Camachos), tras saltar el agua por la parte del Molino de las Veinticuatro Piedras, actual Museo Hidráulico.

Con los años, la actividad del molino fue declinando. Los mayores productores instalaron molinos accionados por electricidad en sus fábricas y el molino se fue quedando sin trabajo. La corriente eléctrica de la ciudad pasó a ser alterna, con lo cual la dinamo de corriente continua perdió su función; y así, el progreso, acabó con la utilidad de un viejo molino. Durante algunos años *el despacho* se convirtió en las oficinas de una compañía de seguros, y más adelante toda la zona se degradó y acabó convirtiéndose en un foco marginal en el centro de la ciudad. Finalmente, el tiempo y el crecimiento de la ciudad acabaron, con su acción implacable, haciendo desaparecer entre edificaciones, los restos de unas añejas instalaciones que tal vez debieron conservarse para otros usos, como un buen ejemplo de arqueología industrial.

Hemos de efectuar nuestro reconocimiento a Manuel Sánchez Arce, quien vivió de cerca, en su juventud, los avatares del Molino de Los Álamos, y quién ha sabido transmitirnos la mayor parte de estas imágenes de la Murcia de posguerra.